

## DESDE FRIBOURG

JURISTAS Y CULTURA GENERAL: “NO SÓLO DE PAN, NI SÓLO DE DOGMÁTICA SE VIVE”

**José Hurtado Pozo**

Las bibliotecas personales, sin el orden de las institucionales, asemejan a las capas geológicas. Con el tiempo y el azar de las circunstancias, toman formas y colores variados. Explorarlas es como recorrer las diversas épocas de nuestra formación intelectual.

En uno mis últimos periplos en mis viejos fondos bibliográficos, con la misma sorpresa de un minero que descubre indicios de una veta promisoras, encontré un librito que si bien hace mucho había perdido de vista, siempre lo recordaba con mucha añoranza.

Su título: “Al margen de los clásicos”, de Azorín. El pequeño ejemplar, publicado por la Editorial Losada (1958), lo adquirí en Santiago de Chile en 1960. Ciudad que visité en mi primer viaje al extranjero, para participar en la Segunda Conferencia de Facultades de Derecho sobre la enseñanza jurídica.

Al recorrer sus amarillentas páginas, rememoré pasajes que había marcado por considerarlos interesantes. Releerlos me permitió apreciar la influencia significativa que tienen las lecturas juveniles.

La primera frase subrayada fue la alarma que percibo cada vez que me enfrento a la página, mejor dicho a la pantalla, en blanco cuando inicio la redacción de un texto. Sin pretender ser un artista, como no tener en cuenta lo que Azorín anota sobre los viejos romances populares: “¿Los ha compuesto un tejedor, un alarife, un carpintero, un labrador, un herrero? O bien, ¿son estos romances la obra de un verdadero artista, es decir, de un hombre que ha llegado a saber que el arte supremo es la sobriedad, la simplicidad y la claridad?”.

Ante este comentario, no nos queda sino volver a preguntarnos, ¿qué pensar de los alambicados y oscuros escritos de los juristas, dogmáticos, jueces, abogados, fiscales...? Sin esperar por supuesto que sean artistas, sino simples comunicadores del “hacer justicia”.

Hablando de uno de los hermosos poemas de Fray Luis de León, escrito en prisión, Azorín dice: “¿Habrás trance como éste? Cuando la adversidad nos abate, ver, sentir, comprobar que un amigo de siempre, a quien hemos favorecido, se aparta de nosotros, es la suprema prueba que nuestra resignación puede sufrir”. Frases que nos llegan a lo más íntimo, recordando los discípulos, amigos, allegados, que como “estos cabellicos maire” se han alejado de nosotros porque hemos dejado de ser el “panal de rica miel, al que...”.

Imaginando a Don Quijote en la última etapa de su largo trajinar (“la estada de ahora en la venta era la postrera etapa de su vida heroica por los caminos”), Azorín le atribuye estas reflexiones: “Hemos vivido largos años de trabajos y anhelos; otras generaciones

## DESDE FRIBOURG

han pasado sobre nosotros (...). En este crepúsculo vespertino de nuestra personalidad, al entrar en la región de las sombras, nos detenemos un instante –última parada- y consideramos nuestra obra, modesta o brillante. Hemos cumplido con nuestro deber; hemos trabajado; la sinceridad, el amor a la belleza y a la justicia ha guiado nuestra pluma. Podrá pasar por encima de nosotros otra generación; no podrá arrebatarnos nuestra personalidad, lo trabajado, lo ansiado y lo sufrido”.

En nuestra recta final, ¿cómo no tener la pretensión de atribuirnos estas reflexiones y aspiraciones, a pesar de nuestra modesta trayectoria?

Anotando la obra de Quevedo, quien ofrece –según Azorín- una “visión dura y violenta de España”, escribe: “Abogados, abogados, abogados, abogados... Una cárcel lóbrega y hedionda. Algazara y vocerío de presos. Juegos bárbaros; correazos; patadas. Un coro de voces destempladas que entona la salve. En un rincón, un hombre pálido, con el pelo y la barba largos. Está sentado; tiene los dos codos sobre los muslos y la cabeza entre las manos.

Lobrezno está en la capilla;  
dicen que lo colgarán  
sin ser día de su santo,  
que es muy bellaca señal.”

Lo que nos recuerda que en páginas anteriores, pidiéndonos imaginar el ambiente de España, dominado por la cacería de brujas y las hogueras de los autos de fe, nos dice: “Aquí vive retirado un señor que ama el orden, la limpieza y los libros. Gusta este hombre de escribir sus impresiones; y he aquí que una frase, una sola frase, escrita por él en año citado de 1595: ‘Après tout, c’est mettre ses conjectures à bien haut prix que d’en faire cuire un homme tout vif’ (Después de todo es poner sus conjeturas muy altas el cocer a un hombre vivo)”. Y, concluye diciendo: “Nada más; pero una sola frase, en ese solo vocablo conjeturas, ¡cuánta hondura, cuánta independencia mental, cuánta modernidad, cuánta civilización”.

Ese señor es Montaigne, retirado en el castillo familiar, más exactamente en su torre redonda del siglo XVI, quien con gran sabiduría nos aconseja, en sus Ensayos, que nuestra ignorancia debería conducirnos a ser más prudentes y reservados.

Espero que el paciente lector que ha soportado la lectura de esta nota, considere que he sido tan cauteloso y discreto en la medida de mi ignorancia de los clásicos de la literatura hispánica.

(Azorín, Al margen de los clásicos, editorial Losada, Buenos Aires, 1958, p. 23, 33, 63, 84, 114, 119, 164.

Montaigne, Essais, Libro III, Capítulo 11 De los cojos.)